

III

FRANZ WIEACKER, SOBRE LA CRISIS DEL IMPERIO ROMANO

Wieacker, en una conferencia de diciembre de 1973¹, aborda el tema constante de las causas de la crisis del Imperio Romano. Con el estilo erudito y elegante que le caracteriza, se previene contra las interpretaciones ideológicamente condicionadas y hace una sucinta pero ajustada exposición de los hechos generales antes de entrar en el diagnóstico de la «enfermedad mortal» que se prolongó desde mediados del siglo III (algunos síntomas habían aparecido ya en el II) hasta la defunción de Roma el 476.

Para este diagnóstico más científico, se propone Wieacker un paradigma ideal que permita detectar un desajuste de la realidad, y precisamente en «la integración de los hombres dentro de una sociedad dada» (p. 24).

Con este planteamiento, se observa, como causa del desajuste que determina la crisis y colapso real del Imperio, la contradicción profunda entre una sociedad eminentemente agraria y una estructura política eminentemente urbana. Así, habría sido, en último término, la idea de la ciudad-estado (la *polis* griega), la que de manera larvada habría llevado a la crisis del Bajo-Imperio. Porque, en la *res publica* anterior, incluso en el primer Principado, la dispersión de municipios y el respeto a la autonomía de las ciudades, allí donde existía una tradición de autonomía ciudadana, pudieron paliar en cierto modo el apartamiento de las poblaciones respecto a la representación política, y la misma importancia de las ciudades en orden a la vida religiosa habría evitado los excesos del centralismo, pero este equilibrio desapareció en el Bajo Imperio. Las causas de este colapso de la vida ciudadana podrían verse en la creciente burocratización centralista, exigida por los mismos problemas militares —en este sentido dice A. H. H. Jones que las invasiones fueron las indirectamente responsables de la crisis, precisamente por haber estimulado la burocratización—, con la secuela de una insostenible presión fiscal necesaria para mantener el gasto del ejército y la burocracia (milicia «civil»), agravado todavía por el sistema, mortal para las ciudades, de responsabilizar de la recaudación tributaria a las

1 *Die Krise der antiken Welt*, Vandenhoeck & Ruprecht, Göttingen, 1974

élites locales. El descenso de la natalidad, el abandono de las tierras por no ser rentables, la indiferencia del individuo por la cosa pública, todas estas manifestaciones de la desintegración social del Bajo-Imperio corresponderían a la política absolutista de corte bizantino.

Pero una segunda causa habría intervenido como coadyuvante de este centralismo desintegrador, y ésta sería el Dogmatismo de la Iglesia —la frase «*ecclesia triumphans*» que utiliza Wieacker (p. 31) es quizá una resonancia de las modas anti-triunfalistas de hoy, pero no es ajustada, pues «triunfante» es un término técnico establecido para designar a la Iglesia de los que han alcanzado la Gloria en el Cielo— que habría reforzado el autoritarismo político y aniquilado, por «endoctrinamiento» de los fieles, todas las reservas de libertad vital.

Así, aunque con un rodeo científico y las debidas reservas —«a pesar de ello no se debe hacer a la Iglesia ni la única ni la general responsable» (p. 28), «no la experiencia de fe inmediata y concreta de los Cristianos» (p. 31)— volvemos, en cierto modo, a la antigua posición (de la que Gibbon es quizá el pionero moderno, pero que se remonta a Juliano el Apóstata y secuaces de la antigua resistencia pagana) de considerar al Cristianismo como responsable de las crisis del Imperio Romano. Y sin duda podrían hallarse también aquí los condicionamientos personales del diagnóstico; en especial, la reducción de la Fe a una experiencia personal que, lógicamente, deja sin sentido la existencia de una Iglesia visible y jerárquica de institución divina.

Tan sólo me permito advertir aquí lo que me parece una visión unilateral de la significación de la Iglesia en ese proceso histórico del Bajo-Imperio. Porque la contribución del Dogmatismo religioso al absolutismo político puede tener sí un sentido para una forma de gobierno que se incorpora la Iglesia como instrumento de poder y extrae de la Teología monoteísta y del orden jerárquico consecuencias para la misma organización política, aunque este fenómeno debe enfocarse mejor desde el punto de vista del teocratismo político que desde el de la Iglesia misma. Pero esto es sólo un aspecto de la presencia de la Iglesia en el mundo del Bajo-Imperio, y que, como el mismo Wieacker reconoce, aparece con mayor intensidad en Oriente que en Occidente. En efecto, si el diagnóstico de la crisis incide en un desajuste entre el carácter agrario de la sociedad y las estructuras socio-políticas, resulta incongruente negar la aportación positiva del Cristianismo a lo que podríamos llamar localismo, por la sustantividad de las diócesis y de las iglesias locales, y hasta al mismo ruralismo. La importancia social y cultural que llegaron a tener después en el Cristianismo, precisamente para el desarrollo de la vida rural, las abadías y demás centros religiosos dispersos por todo el territorio es algo que demuestra lo que la Iglesia estaba destinada a hacer, y para cuya realización el mismo apovo del gobierno central no constituía ningún impedimento, antes bien una

ventaja. Es verdad que este despliegue rural de las instituciones de la Iglesia no floreció hasta la Edad Media, pero era algo que se hallaba implícito en la misma misión de la Iglesia desde los primeros momentos, de acuerdo con la primera misión apostólica, en la misma catolicidad del «id a todo el mundo». La misma procedencia generalmente rural del clero favorecía esta adhesión. Así, pues, resulta unilateral el ver en la Iglesia un coadyuvante del burocratismo bizantino cuando precisamente la misión de la Iglesia hubiera podido favorecer la integración, no ya de las poblaciones locales, sino incluso de los mismos grupos rurales, en la gran unidad del Imperio. De hecho, el siglo IV se caracteriza sí por una sensible decadencia de los antiguos *municipia*, pero no precisamente por el marginamiento de la vida rural, antes bien ésta adquiere entonces un gran desarrollo, aunque sea en la forma de un latifundismo pre-feudal. No se da, pues, un desajuste de la estructura socio-política con la económica eminentemente agraria; es más, no cabe decir que sea un siglo de decadencia económica.

En fin, resulta difícil esquematizar los factores que pueden haber contribuido al fin del Imperio Romano, la concurrencia de factores endógenos y exógenos. Una cosa sí parece evidente (aunque con esto parezca incurrir en querencias meridionales), y es que el poder público, decadente o no, pasa a otras manos, y que es precisamente la Iglesia la que garantiza precisamente la continuidad profunda de la Romanidad bajo el nuevo dominio.

Pero quizá este tema de las causas de la crisis no pueda exceder de lo que es siempre el objeto directo de la Historia: las reflexiones de conciencia conservadas en textos. No se trata de algo que pueda explicarse por hechos, y el objeto de nuestra consideración deben ser siempre las reflexiones anteriores de diagnósticos siempre personales y, por tanto, inevitablemente subjetivos. Y lo mismo da que sean testimonios contemporáneos, como el de un San Agustín o el Anónimo «*de rebus bellicis*», o de historiadores modernos como un Gibbon, un Pí-ganiol o el mismo Wieacker. Porque la Historia no versa sobre hechos directamente, ni mucho menos sobre causas «físicas» de esos hechos, sino sobre reflexiones de la conciencia humana, «históricas», es decir, textos. Así, inevitablemente, los nuevos textos de los historiadores de hoy no pueden objetivizar lo que fueron las causas naturales de la crisis del Imperio Romano, sino reflejar con ecos y contraposiciones la reflexión de otros historiadores anteriores, porque la Historia no es ciencia de *facta*, sino de *verba*.

A. D'ORS